

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

REVISTA ENCICLOPÉDICA

Marruecos: *La administración de justicia.*—El carácter religioso del derecho musulmán, junto con las especiales condiciones políticas de Marruecos, ha determinado una complicada organización judicial, que todavía persiste en sus líneas generales después de la implantación de los protectorados. Esta organización comprende cinco jurisdicciones:

- 1.^a Justicia musulmana: jurisdicción religiosa del cadí.
- 2.^a Justicia musulmana: jurisdicción criminal y represiva del bajá.
- 3.^a Justicia israelita.
- 4.^a Justicia berebere.
- 5.^a Jurisdicción de los tribunales consulares o régimen de capitulaciones.

Justicia musulmana.—El juez competente para conocer en toda clase de asuntos es el cadí, aunque en la práctica sólo le están reservados aquellos de carácter religioso regulados en el Corán: cuestiones de sucesiones y de propiedad, quejas de la mujer contra su marido, reglamentación en la situación de la mujer repudiada; minoría de edad. El Cadí es asimismo quien declara que una persona es insolvente, pronuncia acerca de la ausencia y nombra el tutor de los huérfanos cuando el padre no lo ha designado. Es un juez único que falla con arreglo al Xara, es decir, a las cuatro grandes fuentes del Derecho islámico: la ley escrita o Corán, la tradición o Sunna, la opinión unánime de las tres primeras generaciones del Islán y la analogía o interpretación.

Los cadíes no cobran directamente del Majzen sueldo alguno, sino que están

remunerados con cargo a los intereses de los bienes Habus, y, la mayoría de las veces, por los regalos que les presentan las partes litigantes, y que ellos, en su indigencia, se ven obligados a aceptar.

A pesar de esta forma de remuneración, y a pesar también de la dependencia estrecha en que la mayoría de los cadíes se encuentran con relación a la autoridad administrativa, dentro de la gran desorganización de Marruecos, esta institución es la que se ha mantenido con una mayor integridad, escogiendo siempre sus individuos en personas de cierta moralidad y de conocimientos jurídicos.

La sentencia dictada por el cadí tiene fuerza obligatoria por su carácter religioso, aunque su ejecución está siempre bajo la garantía de la autoridad gubernativa, pues el cadí carece de toda clase de medios de coacción.

Justicia secular del bajá o caíd.—A este alto funcionario administrativo, representante del Majzen en cada ciudad, le compete el ejercicio de la justicia criminal o represiva. No falla con arreglo a ningún código o ley; únicamente su voluntad decide la sentencia. No hay que decirlo arbitrario e injusto de este procedimiento, origen de innumerables tropelías, abusos e inmoralidades, donde la venalidad y el cohecho eran el régimen acostumbrado. Sin embargo, la justicia del bajá tenía sobre la del cadí la ventaja de ser expeditiva.

Cuenta Raynaud que en el Rif todos los delitos y crímenes, incluso el homicidio, eran castigados por medio de mul-

tas, las cuales se debían pagar a la tribu respectiva, sin perjuicio de la venganza particular ni del precio de sangre debido a la familia de la víctima.

Una de las penas más corrientes y originales de Marruecos es la llamada *teruaf*, aplicada a los ladrones y consistente en afeitar, como primera medida, al condenado las cejas, la barba y el bigote, y pasearle después por toda la ciudad montado en burro, con la cabeza mirando a la cola.

Justicia israelita.—El conocimiento de todos los asuntos relativos al estatuto personal compete a un tribunal rabínico llamado «Casa de la Justicia», aunque en realidad estos tribunales sólo existan en las comunidades de Tetuán y Marrakés, estando las de los otros lugares de Marruecos sometidas a la jurisdicción del gran rabino respectivo.

Justicia berebere.—En las regiones pobladas por elementos bereberes, las cuestiones tanto civiles como criminales se ventilan generalmente con arreglo a un derecho consuetudinario propio, y por medio de ciertas instituciones de origen inmemorial.

Merece especial mención el *mezrag*, institución hospitalaria consistente en la protección concedida por una tribu en su territorio a favor de un individuo extranjero a ella. Esta protección se considera tan sagrada que el faltar a ella, aunque sea levemente, implica la venganza inmediata sobre el infractor, so pena de la deshonor de la tribu o fracción.

El régimen de capitulaciones.—Dadas las pocas garantías ofrecidas por la justicia indígena, las potencias europeas consiguieron sustraer a sus súbditos respectivos a esta jurisdicción, concediendo facultades judiciales a los representantes consulares, quienes, en general, aplicaban la legislación vigente en el país correspondiente, a excepción de Inglaterra, que tenía, y aún tiene, un código especial.



Zoología: *El marfil. Africa sin elefantes.*—Durante el año 1895 se puso en venta en los mercados de Londres, Amberes y Liverpool un total de 11.650 toneladas de marfil. Del Sudán provenían 1.140, recogidas en su mayor parte, sin duda, por Emín Pachá.

Como cada elefante da unos 15 kilogramos de marfil, las 11.650 toneladas representan la muerte de unos 42.400 elefantes. Se juzga que hay unos 200.500 elefantes en Africa, pero si la destrucción continúa en estas proporciones, dentro de un plazo brevísimo los elefantes habrán desaparecido por completo del continente africano.

Recientemente ha sido muerto el único elefante que quedaba en Zululandia; se persigue sin descanso a los contados que todavía existen en la Rhodesia; en el Transvaal se está acosando a la última banda conocida de esos proboscidios. Tal vez aun haya algunos en la Colonia del Cabo o en los bosques de Knysna, pero seguramente son pocos y no tardarán en ser cazados todos ellos. Además, acaba de autorizarse la caza de los elefantes de Abdo Busch Forests. Los elefantes adultos grandes pesan seis toneladas.

Conocimiento útil para invierno.—A los que tosen. He aquí una sencilla receta contra la tos:

Basta colocar 50 ó 60 gramos de glicerina en una cápsula de porcelana y evaporarlos por medio de una lámpara de alcohol. De las experiencias verificadas resulta que estas vaporaciones son inmejorables en las bronquitis con tos rebelde, así como también en la tisis pulmonar, habiendo obtenido gran número de enfermos una mejoría notable.

La abeja y los matemáticos.—Una finalidad admirable se manifiesta en el instinto de las abejas.

Las colmenas de abejas son verdaderas fábricas de miel y cera.

En las construcciones que ejecuta este pequeño arquitecto se halla, entre otras maravillas, un problema de matemáticas superiores tan hábilmente resuelto, que los hombres, después de muchos tiempos de estudios, se hallan hoy en disposición de resolverlo. La abeja tiene que cerrar sus celdillas hexagonales con una tapadera de cera. Esta coberterita se ha de colocar con tal industria, que quede el mayor espacio interior, y se haga el menor gasto posible de material en la tapa.

El sabio Reaumur, por curiosidad, propuso el mismo problema a los matemáticos de su tiempo, sin decir que la abeja lo resuelve en la construcción de sus panales. Poquísimos matemáticos se

hallaron capaces de resolver el difícilísimo tema de Estereometría.

Pero Konig, celebridad matemática de entonces, obtuvo el feliz resultado, y determinó los ángulos con los cuales se debe colocar la tapá sobre la pirámide, de la manera siguiente: Los ángulos obtusos debían medir 109 grados y 23 minutos, y los ángulos agudos 70,34.

Resultaba entre el matemático y la abeja una diferencia mínima de dos minutos, porque la abeja pone sus ángulos a razón de 109,28 y 70,32 grados. ¿Quién tendría razón, el hombre o el animalito? Maclaurín, matemático escocés, no se conformó con admitir un error de parte de la abeja, ya que ésta ejecuta inconscientemente un problema que para ella ha resuelto un matemático infalible, su mismo Creador. Medía de nuevo y buscaba la causa de la diferencia.

Sucedió en este tiempo un accidente que parece providencial respecto a este asunto.

Naufragó un buque, salvándose la tripulación. En la declaración que se tomó al capitán sobre la defectuosa determinación que había hecho de la latitud, el capitán se defendía, demostrando que en la tabla de logaritmos se hallaba un error, circunstancia que le había hecho determinar la latitud mal. Maclaurín oye hablar de este defecto, lo verifica, corrige los logaritmos y resuelve entonces con mayor precisión el problema propuesto por Reaumur.

La abeja tenía razón sobre Konig. Los ángulos deben medir 109,28 y 70,32 grados, respectivamente, justamente como este pequeño arquitecto lo viene ejecutando desde que es abeja.

LECTURAS

LAS REGIONES NATURALES

Ensayo acerca de las Regiones naturales de España,
por J. Dantin Cereceda. —
Museo pedagógico nacional,
año 1922.

Nunca es tarde para hablar de un libro interesante, cuando, además, su aparición no ha sido suficientemente divulgada entre el Magisterio primario.

La autoridad del Sr. Dantin Cereceda enriquece la serie de publicaciones del Museo Pedagógico Nacional—que, como todo el mundo sabe, se envían gratuitamente a quien las pida—con esta obra verdaderamente nueva y documentada, concebida en el sentido de la Geografía moderna. Porque la finalidad más importante de ésta—escribe Dantin—«no sólo en la amplia totalidad de su presente concepción, cuanto en el futuro dilatado en que su contenido, todavía en la región de lo oscuro, habrá de desenvolverse, estará siempre en concretar el carácter y localización de la *región natural*».

Mas ¿qué es la región natural? Los

profesores Hayward y Page, al considerar esta cuestión con fines didácticos, acuden a un ejemplo. Existe—dicen—una «región mediterránea», caracterizada por lluvias de invierno y sequías estivales, favorable al cultivo de la viña (cuyas largas raíces permiten a la planta aprovechar la escasa humedad), al naranjo y limonero (cuyas fuertes hojas dificultan la evaporación), y a las plantas bulbosas, capaces de almacenar grandes cantidades de humedad. Ahora bien; las costas del Mediterráneo no son la única «región» donde se dan aquellas condiciones, pues en igual caso se hallan Cape Town, Victoria, sur Australia y California, todas las cuales coinciden en lo que llamaremos «tipo Mediterráneo».

De igual manera existe un «tipo China», que comprende no sólo el país de este nombre, sino también Nueva Gales del Sur, Natal, Uruguay, etc. Y aun cuando las comarcas del «tipo China» se aproximan en latitud, temperatura,

índice de lluvia y a veces en la calidad del suelo a las correspondientes al «tipo Mediterráneo», las producciones son diferentes; así el té no se da en las regiones mediterráneas, debiendo buscarse la ferentes; así, el té no se da en las regiones de lluvias, según éstas coincidan con el verano o invierno, dentro de las condiciones señaladas.

Para Dantin los elementos constitutivos de la región natural son: el relieve o plástica del territorio, el clima, la vegetación, con la agricultura, la fauna y el hombre. «Apurando el análisis—añade—acabaremos por reconocer como primordiales únicamente el clima y el relieve. Ambos aparecen siempre fundamentales y preponderantes; los restantes, aun sin menoscabo de su propia esencia y personalidad, quedan con ellos en estrictas relaciones de dependencia y acomodo».

Así considerada la Geografía, adquiere para quien la estudia—para el Maestro y el niño en este caso—como un valor y un encanto nuevos. Y además, permite la visión íntegra del conjunto geográfico, sin las dificultades y limitaciones que imponen las arbitrarias divisiones políticas.

Según Herbertson, existen unas sesenta o setenta «regiones naturales», reducibles a catorce tipos, tomados en el más amplio sentido. A su vez, Dantin comprende en su libro, refiriéndose a la Península Ibérica, dos categorías diferentes de regiones naturales, incluyendo en la primera las grandes regiones galaica, astur-leonesa, vasco-cántabra, etc., hasta el número de diez y siete. La segunda categoría queda constituida por regiones más pequeñas, limitadas y concretas, contenidas dentro de aquéllas. «Son las comarcas naturales designadas por el pueblo que las habita y de siglos las vive, las conoce y las tiene a su espíritu incorporadas, con algún nombre, por lo general, alta y claramente significativo. Así, por ejemplo, dentro de la región por nosotros designada con el nombre de manchega se incluyen las comarcas naturales de la Alcarria, la Campiña, la Sagra, la Mancha y Campo de Montiel.

Bastan estos nombres y esta breve referencia de la obra de Dantin, tan jugosa en la abundante aportación y ordenación de datos, para advertir su enla-

ce íntimo con nuestra realidad geográfica, y, con ello, la posibilidad de que el Maestro, guiado por la orientación que allí se le marca, pueda, si su preparación y sus aficiones le ayudan, no sólo hacer en su Escuela una enseñanza interesante, sino también contribuir de algún modo a la elaboración deseada de nuestra geografía peninsular.

LUIS SANTULLANO

Asociaciones de Maestros

Villafranca del Bierzo.—En la reunión celebrada el día 15 de enero se tomaron los acuerdos siguientes:

- 1.º Nombrar nueva Junta directiva.
- 2.º Organizar dos bibliotecas de Legislación de Primera enseñanza: una, en Vega de Espinareda, y la otra, en Villafranca.
- 3.º Pedir la reforma del concurso general de traslado implantando el sistema propuesto en la Asamblea de los funcionarios de las Secciones administrativas, por ser el más beneficioso para la enseñanza y para la clase. Con ese sistema pasarían por el turno de traslado todas las Escuelas, y no se verían obligados los Maestros de las últimas categorías a permanecer indefinidamente en un mismo pueblo.
- 4.º Que se faciliten las permutas según las peticiones de la Nacional.
- 5.º Que la casa-habitación y el local-escuela corran a cargo del Estado.
- 6.º Que desaparezca la nota de derechos limitados.

El Presidente, TOMAS REY.

VICTORIA

Libro de lectura para niñas, por
D.^a María del Pilar Oñate.

126 páginas, 49 grabados. Ejemplar,
1,00 peseta.

—¡Cree usted, Ballester? A mí me parece, al contrario, muy oportuna, y con su permiso voy a continuarla. Es decir, si la dueña de la casa no se opone...

Era tan directo el ataque, que a la señora parecióle cobardía excusarse, y con un fulgor de reto en los ojos, contestó arrogante:

—Diga usted cuanto quiera.

—Así, pues, señor alcalde, debo decir a usted que lo mismo que a mí se me acusa de ser un laico, casi un bolcheviquista, y además un estafador, también hay quien le acusa a usted de hacer mangas y capotes con el dinero del presupuesto... ¡Ya ve usted cómo las malas lenguas no dejan vivir a nadie!... ¡Verdad, D. Silvino, que debían cortarlas?—dijo volviéndose con aire socarrón hacia el político.

—¡A ti sí que te la cortaba yo y te la picaba para albondiguillas!—dijose éste para su capote, contentando con un gruñido.

—Le aseguro a usted, Sr. Madoz, que yo no sé una palabra de todo eso.

Demasiado sabía Madoz que era todo lo contrario, y por ello se complacía todavía más en hacer rabiar a los autores de la trama.

—Las cuentas no pueden estar más claras ni más limpias...

—Eso es precisamente lo que yo he contestado a los maldicientes; y para probarles que mienten, les he dicho que tengo ya en mi poder la cantidad que se presupuesta todos los años para fiesta del árbol... porque yo sé que hay en el presupuesto cincuenta duros para tal fin, como en todos los pueblos. Y creo que se habrá hecho aquí esa fiesta todos los años.

—No, no, señor...; no se ha hecho nunca—exclamó candidamente el alcalde con la cabeza vertiginosa, sin darse cuenta de las señas expresivas que se le hacían para que callase.

—¡De veras no se ha hecho aquí la fiesta del árbol?—dijo suavemente Madoz, clavando el puñal hasta el mango.—¡Qué lástima!...; una fiesta tan simpática, que fomenta el amor a la agricultura y a los árboles y ayuda la repoblación forestal, tan necesaria en nuestras sierras... Vaya, pues ya verá usted cómo vamos a hacerla este año y cómo se luce Valldecabres.

Se levantó doña Paz con los ojos turbios por el coraje. Perdida toda prudencia, declaró, encarándose con Madoz:

—La fiesta del árbol no se hará tampoco este año. Volvióse Madoz tranquilamente, sin apariencias de alteración.

—¿Que no? ¡Y por qué no?

—Porque no quiero yo.

Madoz se inclinó irónico en burlesca reverencia de minué.

—Estamos cansados de prestarle escenarios para sus triunfos, señor maestro. Usted pretende deslumbrarnos y dominarnos a todos, y eso no será...; y si es—añadió, sombría, doña Paz—, no será sin lucha!

—¡Es eso un guante que me arroja en señal de desafío?—preguntó altivo el maestro.

—Sí, señor.

—Délo usted por levantado.

—No tendrá usted, ni los cincuenta duros del presupuesto, ni un palmo de terreno donde plantar un pino, ni local para la velada literaria.

Juan de Dios se irguió tembloroso.

—Lo que haces, mamá, no está bien hecho—suspiró el mayorazgo indignado—. Los Valdigna fueron siempre amantes de su pueblo; defendieron su independencia con su sangre, y yo no quiero que hoy, que no nos piden tanto, pueda decirse que nos oponemos a que marche por la senda del perfeccionamiento hacia la ciudad de la Luz... Por eso, yo, el representante de esta casa, tengo a honra ponerme a la disposición de usted, Madoz, para todo aquello que redunde en beneficio de la cultura general de Valdecabres, rogándole a la vez perdone usted a mi madre esas palabras que ha dicho..., sin saber lo que decía.

Con el mismo acento que César dijo a Bruto: «Tú queque?», exclamó la señora, mirando, desolada e iracunda, a su primogénito:

—Juan de Dios... ese que acaba de hablar, ¿eres tú?

—Yo soy—declaró con simpática arrogancia el convalciente.

—Yo voy a volverme loca—murmuró desvariando.

Mas obedeciendo a una súbita reacción, dijo más altiva que nunca:

—Pero no, no; esto no puede ser; no será; pese a las palabras de mi hijo, pese a los esfuerzos de usted, esa fiesta no se hará, señor Madoz.

—Está usted en un error, señora. Yo sé hasta dónde llegan mis deberes, y hará usted muy mal si cree que por cobardía voy a dejar de cumplirlos. Usted acaba de quitarse, al fin, la careta, declarándose enemiga decidida de la liberación de Valdecabres. En cambio, yo creo que es mi deber ayudar al resurgir de este pueblo de apáticos; y como además soy algo soñador y algo quijote, cumpliré denodado eso que yo creo deber, y usted tal vez con-

vertía mucho la turbación del insigne presidente de la corporación municipal, acabó de sacar de tino al pobre hombre, el cual, en el colmo de la vergüenza y del ridículo, se levantó para marcharse sin saber a punto fijo lo que se hacía.

—No, no se vaya usted, señor Alós, dijo gravemente Joaquín Madoz, deteniéndole con un gesto imperativo. Si usted no sabe nada de esas calumnias que han inventado otros... (y aquí miró cara a cara al abogado, que bajó la cabeza aturullado) y que usted ha repetido sin darse cuenta de que con ello ofendía mi reputación profesional y mi honor de caballero...

—¡Señor maestro, yo...—murmuró el alcalde parado en el centro del gabinete, todo confuso.

Doña Paz y Ballester cambiaron una mirada de recelo; y temerosos de que el pobre hombre en aquel momento de aturdimiento lo dijese todo, apresuráronse a imponerle silencio con dos o tres miradas furibundas.

—¡Oh, no se excuse usted!... Me ha llamado usted ladrón... ¿Quiere usted más atentado contra mi honor? Pero no se trata de eso; si usted no sabe nada de esas calumnias, sí que sabrá en qué se invierten los fondos municipales...

Dos o tres carcajadas burlonas respondieron. El alcalde parecía un idiota; Juan de Dios temblaba de susto; su madre se ahogaba de rabia.

—Señor Madoz—silbó Ballester, levantándose con la cara lívida—, creo que esta conversación es impropcedente.

Nuevas risas mordaces apenas contenidas respondieron al orondo diputado provincial. Madoz, con mucha calma, repuso:

empuñar el látigo, porque aun quedan mercaderes en el templo!

—Realmente, el Magisterio ha sufrido una grande y favorable transformación desde hace unos cuantos años—terció el ingeniero de la Enológica.— Hoy ya se ven dentro de tan hermosa carrera muchachos distinguidos que, como Madoz, han podido seguir otra profesión y han sacrificado a su vocación el oropel a cambio de los oscuros sacrificios de su apostolado. Y se nota la influencia de esta mejora en los pueblos que caminan, avaros de progreso, guiados por su mano.

Montejo, que tenía una gran dosis de bilis en el cuerpo y que rabiaba por desahogarse, creyó oportuno el momento de meter su cuarto a espadas.

—Sólo que muchos pueblos, Iñiguez, se resisten a la mano que los guía..., como éste que nosotros habitamos, sin ir más lejos... ¡Caramba y qué de habladurías, y calumnias, y hostilidades encubiertas cuando el asunto de la mutualidad escolar! Hasta hubo quien dijo... (El alcalde se hizo un ovillo; Montejo, implacable como Júpiter olímpico, siguió): Hasta hubo quien dijo que Madoz pretendía estafar a los chiquillos y comprarse una yegua con los fondos de la mutualidad. ¡Era una yegua o un autómóvil, señor alcalde?

El alcalde, autor del dicharacho, hubiera querido verse en la sima de Montesinos.

—¡No sé..., yo no sé nada de eso, D. Lorenzo—babcució.

—¿Y de aquello que decían de que en las clases de adultos se hacía política socialista, ¡tampoco sabe usted nada?—insistió mordaz el doctorcito.

Una carcajada burlesca del ayudante, a quien di-

sidera ansia de dominio, y otros... quizá locura. Y por encima de todo, arrollando todos los obstáculos que se interpongan, aunque me deje el alma a jirones en la lucha, lo que yo he decidido que ha de ser, ¡será!

—¡Madoz!—exclamó Juan de Dios con una suplicante mirada, temiendo que la disputa violenta tornase a empezar.

—No padezca usted, Juan de Dios. Voy a terminar, y me marchó. Solamente me resta decir, como un resumen, que, como creo de mi deber iniciar y favorecer la fiesta del árbol, y yo cumplo siempre mis deberes, prometo, por encima de todo, que la fiesta del árbol ¡se hará!

Y con una inclinación hecha a todos en general, salió del gabinete dignamente, reposadamente, sin que ni un rasgo de su cara denotase con una alteración el rato tremendo de combate que acababa de padecer.



derla, incomparable y respetable modelo de abnegación, de apostolado y de martirio.

Nadie se atrevía a hablar. Pilar, muy corvida, había ido retrocediendo hasta guarecerse en la sombra, cerca del clavicordio y la estatua de Beethoven. Ballester y doña Paz, pasmados, no intentaban detener el torrente de apasionada elocuencia del joven, que había comenzado a hablar sereno, pero que cediendo insensiblemente a su indignación, acaloróse poco a poco. Juan de Dios, incorporado a medias en su butaca, le animaba a proseguir con una mirada alentadora... María de las Mercedes, deslumbrada, acercábase lentamente, bebiendo ansiosa aquellas palabras que la estremecían como un latigazo o como una caricia.

—¡Pagar nuestra profesión! Nunca estaría bien pagada, aunque se nos retribuyese con millones. ¡Acaso una vocación, un ideal puede pagarse? ¿Quién es capaz de valorar la savia que hemos dado, el afecto que hemos consumido, el yo repartido generosamente entre tantas almas, hasta dejar la nuetra exhausta y agostada? ¡No puede pagarse el amor; no puede pagarse la caridad! Dejarían de ser cosas grandes y nobles si se pagaran...

—Es que todos los maestros no son como usted, mi piensan igual—arguyó el cura—; la generalidad convierte la vocación en un mercantilismo.

—¿Acaso ustedes no hacen igual con el sacerdocio? ¡Y porque unos cuantos individuos sin vocación y sin conciencia deshonren la clase, hay que unir a ellos y ayudar a la obra de desprestigio? A esos hay que corregirles; y si no se puede, expulsarles hasta limpiar el cuerpo de falsos apóstoles... ¡Hay que

XIII. LA FIESTA DEL ÁRBOL



É hizo la fiesta del árbol. En ninguna de sus empresas luchó Madoz tan decididamente como en ésta, a pesar de tener mucha menos importancia que las otras, ni en ninguna le secundaron con tanto ahínco, con tanto fervor, la camarilla de sus amigos leales. Era ya cuestión de amor propio. En el palacio recurrieron a todas las argucias imaginables para estorbarla. Hasta buscaron influencias políticas para conseguir que el ingeniero de la División Hidrológicoforestal del Segura, les negase los pinos. El buen señor, ignorante de todo y deseoso de servir al amigo que se lo pedía, se avino a sus deseos, y tres días antes del designado para la fiesta, Madoz recibía una carta del ingeniero, diciéndole que sentía mucho no poderle complacer, porque no quedaban arbolitos para trasplante. Joaquín tuvo un instante de aturdimiento... Y entonces, en el fondo de aquel apuro, se acordó del duque de Sales... ¿Iría?... ¿Cómo le recibiría el académico al ver que le distraían en su labor? Dudó algo, pero, al fin, acordándose de la buena acogida que el duque le prestó cuando le fué presentado por Rafael Gabiolla, decidióse a subir a «La Torre». Y allí le encon-

UNA LECTURA COMENTADA

LAS DOS TENDENCIAS

Bordeando el riachuelo de un pueblecito castellano, cara a la corriente, y como a cosa de dos kilómetros de un endeble puentecillo amañado con dos vigas enormes y unas tablejas cruzadas, hay un paraje delicioso. A la derecha, en un cortado montículo, unos pinos enhietos parecen officiar de parasoles; al fondo se destacan las siluetas hoscas de los picachos serranos, y a la izquierda se divisa un pintoresco bosquecillo cuajado de espesos jarales y chaparros, en cuyas estribaciones se destaca una casita rústica y alba, como un hampo de nieve en un «bouquet», debidamente custodiada por un apretado macizo de elegantes chopos.

Junto a ella, un zagal se apoya en su rugoso cayado, por completo abstraído del paisaje; el mastín del ható medio dormita enroscado a su vera; algunos corderillos se asoman al cristal del regatillo; otros triscan con corvetuelas graciosas, y el morueco, orondo y de retorcida cornamenta, pasea su prestancia y su majeza por entre el rebaño. Más allá, junto a los riscos, unas cabritas zarrandean las chilejas de sus primorosos collares.

El médico, el Maestro y un grupo de niños de los más adelantados ascienden al montículo de follaje; son las cuatro de una hermosa tarde de mayo, y van de excursión.

El Maestro, que a propósito ha elegido el sitio de referencia por coincidir en cierto modo las circunstancias del lugar con las del relato, lleva un libro en la mano; es de Alfonso Daudet, y se titula «Cartas de mi molino».

Los excursionistas se detienen en una pequeña planicie, se acomodan como pueden, recostándose en la verdura, y después de unas brevísimas observaciones hechas por el Maestro, se procede a hacer la lectura de uno de los cuentos, en la que los niños tienen derecho a expresar sus puntos de vista e impresiones durante el curso de la misma.

Los rapaces miran intrigos el libro; se hace el silencio.

«La cabra del Sr. Seguín», recita el Maestro en alta voz.

(Dos o tres niños desvían la vista hacia la hondonada, la posan en el rebaño; el Maestro los observa y después prosigue).

«El Sr. Seguín no había tenido nunca suerte con sus cabras; todas las perdía de idéntica forma; una buena mañana rompían su cuerda y se iban a la montaña, y allí, en lo alto, el lobo se las comía.»

—Como a las del tío Peludo, que ya le ha llevado tres el lobo—exclamó Roberto, uno de los mayorcetes que estaba junto al Maestro.

—Sí, ¿eh?—repuso éste como excitándole a que siguiera.

—Sí, señor—respondieron entonces casi todos al unísono, disputándose la vez.

—Dejad que hable Roberto—terció el médico.

—Fué *tamién* ay arriba—continuó Roberto—: en las *Zorreras*; una noche pilló *escuidaos* a los gañanes y les mató una. Me lo ha contaó mi primo *Tanis*.

—Bueno, ¿pero y las otras?

—*Tamién*; sí, señor; a la última le echaron el *Bocanegra* y el *Furriñas*, pero no pudieron con el lobo; dicen que es como un choto de grande. Al *Bocanegra* le dió un mordisco en la *jeta*.

—Diga usted que no, señor Maestro, que fué en el *rengadero*—arguyó otro rapaz.

«Ni las caricias de su dueño, ni el miedo del lobo las detenía; las cabras querían el aire pleno y la libertad.»

—Es *verdá*; la cabra mía rompe *tos* los días el cordel y *me se va* a la *dehesa*—interpuso otro niño.

—Son muy libres—sentenció Lucio, el primero de la clase.

«Después de haber perdido seis cabras de la misma manera, compró una séptima, sólo que esta vez tuvo el cuidado de tomarla muy joven para que se habituase a estar con él.»

—Igual que la chiva de la tía *Lien-dres*, que siempre anda con ella por *tos* los *laos*.

«El Sr. Seguín tenía detrás de su casa un cercado rodeado de espinos; aquí

fué donde colocó a la nueva inquilina.»

(Casi todos los niños miraron entonces, ya identificados con el lugar, a las bardas del corralón de la rústica casita del valle.)

«La ató a una estaca en el sitio más hermoso del prado, teniendo mucho cuidado de dejarla mucha cuerda.»

—Es *pa* que tenga más comida—apuntó uno.

—Es para que retoce a su gusto—rectificó Lucio; ¿verdá usted, señor Maestro?

«Un día se dijo ella mirando a la montaña: ¡Qué bien se debe estar allí arriba!»

(Los pequeñuelos giraron la vista hacia la cumbre.)

«Qué placer el de triscar por las breñas sin este maldito collar que me lastima el cuello.»

—Las cabras siempre andan dando piruetas por los peñascos.

—¡Hay que ver! ¿Cómo no se matarán?

«Daba pena verle tirar de su collar, con la cabeza vuelta del lado de la montaña y con las ventanas de la nariz abiertas, balando *beeé...*, tristemente.

—¡Pobrecilla!—exclamaron a esta sazón casi todos medio suspirando.

(Desde este momento los niños estaban interesados por la suerte de la cabrita, y las interrupciones fueron menos frecuentes.)

«Una mañana, cuando el Sr. Seguín acabó de ordeñarla, la cabra se volvió y le dijo en su lengua: «Escúcheme, señor Seguín; yo enfermo junto a usted; déjeme ir a la montaña.» —¡Ay Dios mío! ¡Ella también!—exclamó el Sr. Seguín estupefacto.»

—¡Pobre hombre!—susurraron los rapaces.

—¿Y si se la come el lobo?—aventuró Lucio.

«¡Cómo, *Blanquita*! ¿Quieres dejarme?»

—*Tamién* se llama *Blanquita* la chiva de la tía *Liendres*—gritó adborozado un niño de los más pequeños.

(Los otros le miraron de reojo de un modo harto significativo, como reprochándole la interrupción.)

El Maestro releyó lo anterior, y continuó después.

«Sí, Sr. Seguín.—¿Es qué la hierba te falta aquí?—¡Oh no!, Sr. Seguín.

—Quizá te haya atado demasiado corto. ¿Quieres que te alargue la cuerda?

—No es mi pena por eso, Sr. Seguín.

Entonces, ¿qué es lo que te falta? ¿Qué es lo que quieres? —Yo quiero ir a la montaña, Sr. Seguín.»

El Maestro entrecerró el libro, y con disimulo hizo un pequeño paréntesis para excitarles la curiosidad; esto contrarió a los rapaces que ya estaban interesados en el conflicto, y entre ellos empezaron a discutir animadamente.

—Si la suelta, se la come el lobo—arguyó Lucio, el primero de la clase.

—Sí; pero si la deja ahí (señalando a la casuca), le replicó Roberto, se va a morir de pena.

En seguida se formaron dos bandos: unos optaban por que debía dejarla, y otros por lo contrario; cada cual aportaba sus razones, algunas muy peregrinas por cierto; el médico y el Maestro se hacían los distraídos, sonriéndose con las curiosas apreciaciones; este último continuó después leyendo.

—«Pero desgraciada, ¿no sabes que hay lobos en la montaña? ¿Qué harías tú cuando vinieran? —Les daría cornadas, señor Seguín.

(Los niños se echaron a reír.)

—Anda—interpuso uno de ellos—, ¿con que puede al *Bocanegra*, y eso que lleva un collar de pinchos!

—Pero los tigres pueden a los lobos—replicó un chiquitín de al lado.

—Anda tú éste, con lo que sale ahora—le dijo Lucio.

—«El lobo se reirá de tus cuernos; me ha comido otras mejor encornadas que tú. ¿No te acuerdas de la pobre *Renade*, que estuvo aquí el año último? Hermosa cabra, fuerte y mala como un macno cabrío; pues ya ves, se batió con el lobo toda la noche, pero a la mañana el lobo se la comió. —Esto no importa, Sr. Seguín, déjeme ir a la montaña. —Yo te salvaré, a pesar tuyo, pícara, y para que no rompas tu cuerda te voy a encerrar en un establo, y allí te quedarás para siempre».

—Ahora se va a morir de tristeza—suspiraron los niños cariacentecidos.

—¿*Pa* qué le habrá dicho nada? ¿Qué tonta! ¿Lo que es si soy yo!

—Sí, pero luego se la hubiera comido el lobo—arguyó sentenciosamente Lucio.

«El Sr. Seguín llevó la cabra a un establo completamente oscuro, y cerró la puerta con doble llave».

—¡Pobre *Blanquita*—manifestó Roberto con un cierto dejo de tristeza.

«Degradamente se había olvidado de

la ventana, y apenas había vuelto las espaldas cuando la pitusa se alejó.»

—¡Bien, bien!—palmotearon todos con alegría. (Lucio, sin embargo, no participaba del alborozo general; parecía como si vislumbrara la suerte de la malaventurada cabrita.)

«Se la recibió como a una pequeña reina... Toda la motaña la festejó; podréis pensar si nuestra cabra sería dichosa; nada de cuerda, nada de estaca, nada que le impidiese triscar, pacer a su antojo... Una vez, avanzando al borde de una cima, con una flor entre los dientes, divisó abajo, completamente abajo, en la llanura, la casa del señor Seguí, con el cercado detrás; esto la hizo llorar de risa. ¡Qué pequeña es!—se dijo.—¡Cómo habré podido aguantarme allí tanto tiempo?

(Los niños se sonrieron y desviaron la vista hacia la casita del repecho.)

«Repentinamente, el viento refrescó; era el crepúsculo; un pajarraco la rozó con sus alas al pasar; la cabrita se estremeció. Después de esto, un aullido en la motaña: ¡¡Huu!! ¡¡Huu!!

(Los niños, medio estremeciéndose, miraban al Maestro con ojos desmesurados por la emoción; algunos cambiaron de sitio, y se acercaron más a él; otros miraban a la montaña, como queriendo escudriñar entre el espeso bosque, y como si temiesen que fuera a surgir un lobo al instante.)

«Al mismo tiempo una trompa sonó muy lejos, en el valle; era el bueno del señor Seguí que intentaba un último esfuerzo».

(El Maestro detuvo la lectura; sus discípulos le siguieron con la mirada anhelante, brillando en casi todos los destellos de la esperanza.)

—¡Se salvará, señor Maestro?—le interrogó uno después, sin poderse contener.

«¡¡Huu!! ¡¡Huu!! hizo el lobo.—¡Ven, ven!—gritó la trompeta... La trompeta luego no sonó más... La cabra oyó detrás de ella un ruido de hojas. Era el lobo».

(Los niños estaban como petrificados; ninguno osaba rechistar.)

«Enorme, inmóvil, sentado sobre sus patas traseras, miraba a la cabrita, saboreándola de antemano; como sabía bien que la comería, no se apresuraba; solamente cuando ella se volvió se echó a reír maliciosamente. —¡Hola, hola!

la cabrita del Sr. Seguí.—Esta se puso en guardia después, con la cabeza baja y los cuernos adelantados...

—Hay que ver; qué valiente—dijeron casi todos.

«Entonces la fiera avanzó, y los cuernecillos entraron en danza».

(Nueva pausa del Maestro; los niños se lo comían con los ojos.)

—¡La mató, D. Marcelo?—interrumpió Roberto, dirigiéndose al médico.

—No sé, no sé; ya veremos—le dijo éste sonriéndose.

«Más de diez veces forzó al lobo a regular para tomar aliento; durante estas treguas de un minuto, la golosa cogía algunas briznas de su querida hierba...»

—¡Probrecita!—exclamaron todos enternecidos y con los ojos reventones de lágrimas.

«Y después volvía al combate con la boca llena; esto duró toda la noche; el canto ronco de un gallo subió de una alquería... Al fin dijo el pobre animal que no esperaba—como la *Renade*—más que el día para morir. Y se tendió en la tierra con su bella piel blanca completamente teñida de sangre. Entonces el lobo se echó sobre la cabrita y se la comió».

—¡Lo veis?—les dijo Lucio, muy ufano, a los otros.—Y añadió después: —¡Si no se hubiera marchado!

—¡Probrecita!—respondieron los otros por todo comentario, recogiendo con el pañuelillo los lagrimones que resbalaban por sus mejillas.

GONZALO JUNQUERA

Tratado elemental de GEOMETRÍA

POR

D. Victoriano F. Ascarza.

Libro redactado expresamente para los aspirantes al Magisterio y para los opositores a Escuelas.

Forma un volumen de 512 páginas.

Ejemplar, 5 pesetas.

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

CRONICA GENERAL

De Marruecos

«Zona Oriental.—Un grupo rebelde hostilizó a las cabilas amigas en proximidades Ben Tieb, haciendo fuego la batería de dicha posición, dispersando al enemigo, sin novedad. En la posición Benítez ha sido detenido un indígena que, según manifestaciones de un sargento de Regulares, pertenecía a la harca enemiga, habiendo sido conducido a la oficina de Dris-er-Rifi.

Aviación.—La escuadrilla bombardeó los poblados situados al pie de Tizzi-Azza, Yebel Uddía, Zoco el Jemis, que estaba bastante concurrido; poblados de Amezauro, Mezinger, Axxgul, Beni Abdel-Azin, no observando nada anormal. En algunos poblados la gente salió huyendo. El grupo ligero reconoció la parte de frente comprendida entre el Morabo y las posiciones de Tizzi-Azza, no observando movimiento enemigo y notando pequeñas trincheras recién construídas en el espigón anterior a la posición Benítez, y en las inmediaciones del emplazamiento del cañón enemigo, y más a retaguardia han hecho trinchera muy pequeña.

Según me comunica el jefe accidental de la Policía, el caid del primer «gum» salió día 14 con fuerzas hasta las proximidades de Hast, entablado tiroteo con enemigo, causándole tres muertos, recogido varios heridos y armamento, regresando a la Zauia sin novedad.

Zona occidental.—Sin novedad.»

—Un cañonero trasladará a Ceuta al capitán de Intendencia D. Manuel Jordán, protagonista del escándalo del desfalco de un millón en el Parque de Intendencia de Larache, y a José Gargallo, del garage La Española, donde apareció el millón mencionado.

En Ceuta se celebrará el Consejo de guerra para ver y fallar la primera de las causas instruídas con motivo del desfalco.

De Madrid

Ayer mañana, al salir de Palacio, manifestó el jefe del Gobierno que había sometido a la firma de S. M. el Rey el nombramiento del vicealmirante Sr. Aznar para la cartera de Marina, en substitución del Sr. Silvela, cuyo nombramiento para la Comisaría Superior en Marruecos fué firmado por el Monarca, como también el decreto admitiendo al Sr. Villanueva la dimisión del cargo de comisario superior.

El presidente dijo que no podía él en-

cargarse de la cartera de Marina, por que no podría atenderla.

—El conde de Romanones se encuentra muy mejorado de su dolencia. Asistirá al Consejo de hoy, que está citado para las cinco y media de la tarde.

Desde luego, concurrirá a la reunión el Sr. Silvela.

—En el Ayuntamiento se ha propuesto la ejecución de un magno proyecto de prolongación del Paseo de la Castellana por el Hipódromo, hasta la carretera de Francia.

De provincias

Según noticias de las comarcas remolacheras, los labradores han terminado la recolección de la remolacha mostrándose muy satisfechos de la campaña. Los remolacheros han aceptado el precio de 70 pesetas tonelada.

Las existencias de azúcar en las refinerías se elevan a 5.793.200 kilogramos.

—En Barcelona se ha inaugurado la línea de autobuses desde Sans a San Martín.

—Se ha celebrado en la Capitanía general del Ferrol un Consejo de guerra para juzgar a un grupo de mujeres que en el puerto de Marín asaltó varias embarcaciones.

Presidió el Tribunal el capitán de fragata D. José Franco.

No se conoce aún la sentencia.

Extranjero

El canciller del Imperio, Sr. Cuno, ha pronunciado un discurso en una reunión celebrada por las Asociaciones de agricultores alemanes.

El Sr. Cuno, después de dar las gracias a los agricultores alemanes por los sacrificios que han realizado ya, agrega:

«No debe olvidarse que la lucha ha de ser larga, y que vamos caminando hacia momentos que han de ser peores que los actuales, y que por lo mismo se habrán de exigir sacrificios a todos.»

El Gobierno del Imperio está de acuerdo con los de todos los Estados alemanes para no desviarse ni un paso del camino que está siguiendo.»

—Los franceses han solicitado las líneas principales que atraviesan Colonia intervenidas actualmente por los ingleses. Para esto el representante francés M. Le Trocquer, ha celebrado una reunión con los ministros ingleses, pero no han llegado a una solución satisfactoria.